CAPITULO XIV.

De lo que verá el curioso lector como se decida á leer este capítulo.

I.

Vildo y José de la Luz llevaban á todo escape á las jóvenes, que no volvian en sí del terror.

Detuviéronse á una distancia conveniente para presenciar el hecho de armas, no sin disgusto de Vildo, que queria adelantar camino por si ocurria alguna catástrofe.

Cuando vieron que los realistas penetraban en la plaza y que los fuegos de los insurgentes se habian apagado, creyeron que la plaza estaba perdida, y echaron á huir rumbo á las montañas para escaparse de la zaña de los vencedores.

—Dios mio! esclamaba Luz, si le habrán matado!

—No tenga cuidado la señorita, respondia el asistente; en peores nos hemos visto y hemos escapado la pelleja.

—Mucho temo, dijo María, que no hayan podido salir de la plaza; ese infernal Calleja es un asesino y no los perdonará.

—Difícil es el negocio, señoritas: vean ustedes que el señor cura y sus soldados tienen mas agayas que un tiburon.... en el

sitio de Acapulco nos andaba la muerte muy de cerca.... cuando no está de Dios, ni las balas pueden.... figúrese su mercé que estando frente al castillo, mi general se recargó sobre una roca y se puso á mirar con su anteojo; cansado de observar y maquinalmente se separó de aquel sitio, que ocupó un señor cuñado del capitan don Vicente Guerrero; ¡ay, señorita! no habian pasado dos segundos, cuando una bala de cañon, perfectamente dirigida, vino á estrellarse en la roca é hizo pedazos al señor que ocupaba el lugar del señor Morelos.... esto es brujería; pero repito que cuando no está de Dios....

—Eso no puede consolarnos, replicó María; ademas, que si han tomado la plaza, procurarán que nadie salga y los perseguirán.

—Ese es un mal pensamiento: tenga usted por regla, señorita, que cuando realistas ó insurgentes tomamos una plaza, nos ocupamos en *habilitarnos*.

—En habilitarse? preguntó María.

—Figúrese la señorita, pongo por caso, que anda uno por estas veredas muerto de hambre, y desnudo, y maltratado, y dado á todos los diablos, y repentinamente se arma una de Dios es Cristo, y se arroja uno sobre las trincheras y acuchilla hasta el *sur sum corda* y se hace dueño de la plaza; ¿de qué sirve todo eso si ha de quedar tan perdido como antes?.... no señor: marcha uno á la tienda mas rica, y toma la *manta* que necesita, y las monedas y cuanto encuentra; eso sí, todo con permiso del dueño, á quien se le tiene de cuerpo presente ahorcado en la puerta del establecimiento.

—¡Qué horror!

—Sí, mucho; pero á los nuestros les pasa otro tanto; ya saben ustedes que esta es guerra á muerte, el que cae la *pela* sin remision; vean ustedes, vean ustedes, en ese árbol hay dos realistas colgados: demonio! á ese ya le sacaron los ojos los pájaros, y el otro tiene colgando las tripas, já! já! já!!

Aquel espectáculo era espantoso: dos cadáveres estaban sus-

pendidos de un mecate á las ramas de un árbol, y la fetidez que exhalaban en derredor era insoportable.

Luz y María no se atrevieron á levantar los ojos, y rogaron á Vildo que las apartara del camino.

José de la Luz se apeó del caballo, y puso una cruz de ramas frente aquel árbol del suplicio.

—Esto no es nada, señoritas; dos cristianos colgados es como si dijéramos dos bellotas en un encino..... he visto ya á tantos!.... no hay cuidado, todavía me falta el rabo por desollar.

—Por aquí ha pasado gente, dijo José de la Luz, observando la marca de pasos en la vereda.

—Ya lo habia notado, respondió Vildo: es necesario perder la pista; no sé por qué me parece que en el monte hay algo; echémonos fuera del camino y embosquémenos: yo husmeo algo....

—Yo tiemblo de miedo! esclamó Luz.

—Y yo estoy aterrorizada.... no puedo ni hablar.

Efectivamente, aquellas criaturas estaban acometidas del pánico.

Los insurgentes nada habian visto; pero su instinto les decia que el peligro no estaba distante.

Seguian *embarrancándose* por veredas que solo Vildo conocia, y en la espesura de los árboles abrigándose de las miradas de algun pastor que pudiera descubrirlos.

Repentinamente se oyeron algunos disparos de mosquete, que resonaron en la montaña.

—Dios mio! gritaron las jóvenes.

—Silencio! gritó Vildo, y preparó su mosquete.

—Alto! alto! esclamó José, veremos lo que pasa.

Los caballos se detuvieron.

Los dos insurgentes se deslizaron entre las matas como dos serpientes, y se asomaron á un pequeño valle por donde se percibia el ruido.

Despues de un momento dijo á José:

—Desciende con las niñas por la barranca, pasa el rio y sigue camino, que yo los alcanzaré.

José de la Luz obedeció, y caminando á pié comenzó el descenso trabajoso de la montaña.

Las jóvenes estaban rendidas de fatiga; pero el miedo les prestaba aliento.

Resbalando unas veces, otras asiéndose de las raices para detenerse, y luchando con las dificultades de aquel escarpado terreno, llegaron á las orillas del rio que se precipitaba en el fondo de la barranca.

Un puente natural de rocas, combatidas por el agua y donde se chocaban y dividian las olas, facilitaba el paso á la ribera contraria.

Aquel paso se llamaba de las *Aguilas*.

El rio no era muy profundo, la dificultad consistia en mantenerse sereno para no resbalar en las peñas, porque el agua ejerce cierto magnetismo de atraccion irresistible.

—Pasemos pronto, dijo José de la Luz, y estamos salvados; yo las tomaré por una mano, y sirviéndoles de apoyo iremos poco á poco avanzando: conque valor, y en el nombre de Dios y María Santísima.

—Tú primero, dijo María; yo tengo un temor inesplicable.

Luz se santiguó y comenzó á rezar en su interior.

José de la Luz saltó sobre la primera piedra, se apoyó en la segunda y tendió su robusto brazo.

Luz se agarró á la mano del insurgente, y trémula dió un paso hácia el abismo.

María se arrodilló delante del cielo.

Aquella escena era terrible.

El insurgente vertia sudor por todo su rostro, y con el ceño plegado, y mordiéndose los lábios y procurando dar á sus nervios una tencion de acero, avanzaba.... y avanzaba, cuidando á aquella criatura, cuyos delicados piés se mojaban al salpicar las olas contra las peñas.

Detuviéronse un instante en la mitad de aquel peligroso puente.

—Un momento de descanso, dijo José de la Luz; pero cierre usted los ojos para no desvanecerse

Luz cerró instintivamente los ojos.

—Adelante!... adelante!... volvió á decir el insurgente, y el gran poder de Dios nos acompañe!

Despues de dos minutos de agonía saltaron en las arenas de la orilla.

—Gracias, Dios mio! esclamó la jóven cayendo de rodillas.

José de la Luz se quitó el sombrero y dió una mirada al horizonte.

Despues, con una ligereza de ciervo, saltó sobre las piedras y volvió al lado de María, que estaba impresionada de una manera espantosa.

—Ahora nos toca á nosotros, señorita.

María se ató el *paño* á la cintura, puso el barbiquejo á su sombrero de palma y se avanzó á la orilla con la intrepidez del miedo.

En aquel momento aparecieron por las gargantas de la montaña multitud de soldados en un terrible desórden, buscando todos el paso del rio.

José de la Luz y María se refugiaron en un pinar.

El insurgente no pudo contenerse, y comenzó á hacer fuego con el mosquete.

Los soldados que venian en fuga creyeron que habian caido en una emboscada, y sin buscar el paso comenzaron á refugiarse en las montañas, arrojando sus armas.

Véamos lo que habia pasado.

II.

La noticia de la derrota de Calleja llegó á la Corte de México con la velocidad de las malas nuevas.

El virey ordenó á un tal don Ciriaco del Llano se dispusiese, con el ejército del centro, á batir á la insurreccion.

Morelos habia dejado en Izúcar una corta fuerza, al mando de los capitanes Guerrero, Sanchez y Sandoval.

Llano salió con una fuerza de mas de dos mil hombres, inclusos los batallones espedicionarios de Lobera, Asturias y Mixto, con su correspondiente artillería, y la mañana del 25 de Febrero ocupó el cerro del Calvario, que domina por completo la ciudad de Izúcar.

Dice un historiador que en aquel punto fijó su artillería, comenzando un fuego vivísimo sobre la villa.

En la tarde de ese dia formó dos columnas de los batallones espedicionarios, cada una con un cañon, y dando á Andrade el mando de la caballería, atacó la villa por diversos puntos.

Nada pudo conseguir á merced de estos esfuerzos, ni aun continuando toda la noche desde el punto del Calvario, adonde se habia retirado despues de su intentona.

Repitió su ataque al dia siguiente con doble ferocidad, reduciendo á una sola las dos columnas, para darle mayor vigor á la masa de hombres que arrojaba sobre los parapetos, sosteniéndola con un fuego nutrido de artillería.

Los insurgentes se parapetaron en el centro de la plaza, como lo habia hecho Morelos tres meses antes en la misma villa, auxiliándose con los indios honderos situados en las azoteas.

Los insurgentes sostuvieron el ataque con un brío digno de to-

do elogio, rechazando la columna y acribillándola á pedradas y balazos.

El capitan don Vicente Guerrero descendia con sus compañeros á los lugares de mas peligro, y se batia con una serenidad admirable.

Los realistas no cesaban de enviar sus proyectiles sobre la plaza.

La segunda noche el capitan Guerrero estaba rendido, y se acostó algunos momentos á descansar.

Rodeábanle muchas personas, principalmente niños y mujeres, que no se creian seguros sino á su lado, porque aquel valor imponia y era la sombra de los desgraciados.

Repentinamente una granada abre las vigas del techo, y rueda bajo el catre de campaña de Guerrero.

Hubo un momento de ansiedad espantosa.

El bravo soldado creyó llegada su última hora, y confiando la barca de su vida al mar embravecido de su destino, se cruzó de brazos y esperó la muerte.

Reinó un silencio profundo en la estancia; oíase el ruido de la espoleta, que seguia encendiéndose hasta llegar al depósito de pólvora.... revienta al fin: la estancia se envuelve en una nube de humo; se escuchan algunos lamentos, y cuando el polvo y el humo se han disipado, todos se vuelven hácia el general, que estaba de pié buscando á las víctimas del proyectil.

Todos le abrazaron: la misma muerte le rindió homenaje á la serenidad de aquel hombre.... no eran balas estranjeras las que debian arrancarle la existencia!...

Al dia siguiente, el ataque se generalizó por los puntos todos de la línea de circunvalacion.

Los realistas incendiaron los barrios de la Santísima y del Calvario.

Las guerrillas hicieron horrores con las familias inermes, cebando en ellas el furor de su impotencia.

Los realistas levantaron el campo, habiendo recibido órdenes para concurrir al sitio de Cuautla.

Guerrero salió en su persecucion, atacando la retaguardia y provocando la desercion.

Perdieron mucha gente en la retirada y una pieza de artillería.

Izúcar fué defendido por *ciento treinta* insurgentes del ejército de Morelos!

III.

Los dispersos se internaron en el monte, seguidos del capitan Jacinto Castaños, oficial de toda la confianza de los realistas.

Jacinto se habia hecho temible: sus instintos sanguinarios se habian desarrollado en la revolucion, y la piedad nunca tuvo asilo en su corazon.

Aquel hombre feroz fusilaba á todos los desertores: era un azote de ira que venia en pos de aquellos desgraciados; así es que cuando llegaron á las montañas donde estaba José de la Luz y las jóvenes, se ahuyentaron al escuchar los disparos que hizo el insurgente.

Vildo se descolgó por las montañas vecinas, creyendo que sus compañeros habian pasado el rio, y se encontró con Luz temblando por el terror.

Intentaba pasar sobre las rocas, cuando el capitan Jacinto Castaños apareció en las montañas.

Con su mirada de águila buscó en derredor, y vió en la orilla opuesta á una mujer.

Fijó sus ojos en aquella desgraciada, é instantáneamente la reconoció.

—Luz! Luz! gritó con furor concentrado, aguarda, que voy allá!

José de la Luz dejó á María y saltó sobre el puente, echóse á la cara el mosquete y detuvo al capitan.

Vildo comprendió que su compañero le cubria la retirada, y tomando á la jóven en sus brazos desapareció en las fragosidades del monte.

El capitan Castaños estaba furioso, y descargaba sus pistolas dragonas sobre el insurgente sin lograr tocarlo.

José no se resolvia á abandonar aquel sitio, donde estaba oculta la infeliz María; pero la gente de Castaños le comenzaba á hacer fuego y su muerte era estéril; así es que emprendió la fuga violentamente entre las balas enemigas, y desapareció como el ciervo de la montaña.

—Sigan á esa mujer que huye con los insurgentes, y ofrezco un premio al que los aprehenda! gritó Jacinto arrojando espuma por la boca.

Los soldados de la escolta atravesaron el rio, y se lanzaron en pos de los fugitivos.

María estaba presenciando oculta entre los árboles aquella escena.

Esperaba la infeliz criatura que todos se alejasen para seguir su camino, por si encontraba algun corazon amigo que la salvase.

El capitan Castaños estaba fatigado con la persecucion, y buscó la sombra para descansar.

Dirigióse al sitio donde la jóven se guarecia, y la descubrió entre las ramas de los encinos.

Castaños comprendió que la jóven no era una persona vulgar.

—Señora, dijo con tono respetuoso, qué hace usted en este paraje?

—Nada sé, respondió María, sino que soy muy desgraciada! y se echó á llorar con desesperacion.

—Señora, cálmese usted: yo no soy insurgente y sabré respetarla.

—Capitan, usted es un hombre de honor, sálveme usted, por Dios!

—Yo lo juro, señora, por mi fé de soldado.

—Devuélvame usted á mi familia!

—Luego que sea posible.

—Yo todo lo espero de la caballerosidad de usted.

—Sí, y yo cumpliré, señora.... perdone usted, hace un momento.... no, no puede ser ilusion.... del otro lado del puente estaba una mujer.... acaso yo haya soñado....

—No, capitan, dijo María; esa jóven era mi amiga, mi compañera, mi hermana.

—Cuente usted, por Dios! señora; cuente usted cuanto sepa, y seré su esclavo.

—Pues bien; esa jóven se llama Luz.

—Es ella! esclamó Jacinto sin poderse contener.

—La conoce usted, capitan?

—No; continúe usted, yo se lo suplico.

—Esa jóven fué educada por los señores Bravos; ha tenido muchas desgracias: figúrese usted, capitan, que su padre murió víctima de una intriga horrible del hermano de Luz.

—Sí, dijo Jacinto trémulo de emocion; pero él.... no, no es posible.... continúe usted.

—Afortunadamente, dijo María, mi amiga se encontró con un jóven apuesto, tipo completo de caballerosidad y abnegacion.

Jacinto se llevó las manos á la frente.

—El coronel Piedra-Santa logró arrancarla del poder de Jacinto, que así se llamaba el hermano de Luz; ese infame habia denunciado una conspiracion, que costó la existencia á hombres que no habian nacido para morir en el cadalso.

Jacinto no podia ocultar la emocion de que era presa.

—El señor Morelos supo por la misma Luz sus sufrimientos, y determinó unirla con el hombre de su amor, con el coronel Piedra-Santa, que habia escapado milagrosamente de la prision donde le arrojara el implacable encono de su enemigo; porque habeis de saber que ese miserable habia tratado de asesinarle, disparán-

dole á quemaropa un pistoletazo, que afortunadamente no le hirió de muerte.

—¿Y llegaron á casarse, señora?

—Precisamente en los momentos en que tenia lugar la ceremonia, atacaron los realistas, y hemos salido huyendo á Cuahuistla.

—Dios me ha oido! esclamó Jacinto, yo no debo desconfiar de mi destino.

María vió con estrañeza á aquel hombre.

—Señora, dijo Jacinto, espero que nuestros favores sean recíprocos, y usted va á escuchar un secreto, que la sorprenderá por inesperado.

—Ya escucho, capitan.

—Ese sér miserable y aborrecido de los estraños y de los suyos; ese hombre vil, que ha hecho derramar la sangre de su padre; ese mónstruo que está llenando de crímenes la tierra, soy yo!

—Dios poderoso! esclamó la jóven.

—Sí, continuó Castaños; yo que me vengo del mundo; yo que llevo la muerte en el corazon, y á quien el infortunio azota sin piedad.... Luz es mi hermana.... era el solo y único amor que conservaba encendido en mi corazon.... pero ella ama á uno de mis contrarios, y me arroja en la desesperacion mas horrible.... yo habia pensado hacerla feliz, sacrificarme, remunerar en ella todos los males que he causado.... y ella, Dios mio!.... ella me pone sobre el cráter de un volcan que ha comenzado á vomitar fuego.... mis lágrimas, mis dolores, serán mios, solamente mios; no habrá una mano que enjugue mis ojos, ni una voz que me hable de misericordia!... por eso voy arrastrado por un destino irresistible.... y no hago un solo esfuerzo para detenerme en esa pendiente en que resbalan mis piés.... qué desgraciado he nacido.... maldita la existencia á que vivo encadenado!...

Jacinto se echó á llorar como el apóstol renegado.

María sintió compasion por aquel desdichado.

—Capitan, yo os he referido cuanto sabia.

—Ignorais aún todos mis crímenes y mis infortunios.

—Echad un velo sobre ellos; yo nada quiero saber.

—Señora, yo he pasado por todo; pero quiero respetar vuestra honra.

María guardó silencio.

—Para que esa chusma de gente que me sigue no atente á la virtud de usted, es necesario decirles que usted es Luz mi hermana, á quien he recogido al paso del pueblo donde la habia dejado.

María tendió su mano á Castaños; este la estrechó con respeto.

—Desde hoy oculto mi nombre.

—Y vuestra familia? preguntó Castaños.

—Capitan, el señor cura Morelos quedó encargado por mis padres de protejerme.

—Os juro que al avistarnos al primer campamento de los insurgentes, yo mismo llevaré á usted hasta encontrar al general.

—Hermanos desde hoy! dijo María.

—Sí.... hermanos, murmuró sombríamente el capitan.

Al montar en sus caballos, apareció en el sendero un mastin ladrando furiosamente.

Caifás habia husmeado á la jóven, y comenzó á dar de saltos frente al caballo.